

EL PABELLON DE MEXICO EN PARIS

POR CARLOS SERRANO

Estos dos artículos que escribo acerca de la ceremonia de la colocación de la primera piedra de la Casa de México en la Ciudad Universitaria de París, son una síntesis de la historia de esta fecha y de la significación que para México tiene la ceremonia que voy a comentar.

Eramos más de ochenta los mexicanos que hemos presenciado el magnífico acto de la colocación de dicha piedra. En el pergamino que se firmó y que debía ser colocado dentro de un tubo de lámina, figura el nombre del embajador Víctor Fernández Manero, quien, alentado y ayudado por el señor Presidente de la República, logró que se transformara en realidad el proyecto de construir el Pabellón de México. Fué el rector Sarrailh quien pidió que se hiciera figurar el nombre del que fuera jefe de la Embajada de México en París, cosa que todos los que estábamos allí encomiamos, pues corresponde a dicho doctor Fernández Manero el honor de haber llevado al cabo esta obra.

El regocijo de los estudiantes mexicanos y extranjeros no tenía límites. Esa primera piedra es la iniciación de una labor que cobrará forma y vendrá a constituir un albergue en donde los estudiantes y profesionales mexicanos encontrarán todo lo que les es menester para sostener sus aspiraciones y sus empeños: un refugio material y una sombra que los proteja y los guíe. La colocación de la primera piedra constituye un triunfo para la cultura mexicana. Y, por otra parte, los hombres de ciencia de este país, los artistas, los pintores, escultores, poetas, escritores, etc., ven que la cultura, la ciencia y el arte mexicano se avecinan y vienen a buscar una senda en Francia. El recuerdo de los hombres que formaban y forman ahora parte de la cultura de nuestro país, se ha prendido bajo la luz de esta mañana primaveral, a los cimientos de la Casa de México, y sus claros espíritus flotan en este instante como nubes que presagian cosas nobles, bellas y amables. México ha sabido, al construir su Pabellón en la Ciudad Universitaria de París, demostrar que la Universidad de México cumple lo que en su inolvidable discurso de septiembre de 1910 asentaba el ilustre maestro don Justo Sierra, cuya sombra venerable la sentía yo palpar entre aquella bulliciosa juventud estudiantil, y también en las emociones que me produjeron aquellos momentos en que comprendimos que dentro de pocos meses se levantará firme y erguida, placentera y acogedora, cabe los cielos de París, la Casa de México... En aquella primera pie-

dra se miraba en ascensión la masa de un edificio cuya maqueta admirábamos en un muro, y cerca de ella pasaba satisfecho y contento el ingeniero Roberto E. Medellín, quien con su hermano, el arquitecto Jorge L. Medellín, son los autores del proyecto. Y las felicitaciones no escasearon al flamante y honorable ingeniero, quien con su noble gesto de desprendimiento animado de hidalgüía y de hombre bien nacido, no ha cobrado un solo centavo y ha venido a dirigir los trabajos de construcción.

La ceremonia, sencilla en su apariencia, revistió una severidad trascendental. Muchos hombres de ciencia, de significación social, cultural, diplomática, oficial, etc., estaban congregados en torno del encargado de Negocios de México. Descubro entre el bullicio de los estudiantes y becarios, al rector de la Universidad de París, al rector Marchaud, delegado general de la Fundación nacional de la Ciudad Universitaria; al señor Jaime Torres Bodet, director general de la UNESCO; a los representantes de los Ministerios de Negocios Extranjeros, de Educación Pública de Francia, al representante de la Ciudad de París, a los de los estudiantes franceses y extranjeros de la Ciudad Universitaria; todo el personal de la Embajada de México y del Consulado General; el de la Delegación Permanente ante la mencionada UNESCO; varios

miembros de nuestra colonia que radica en París, etc. El alma mexicana se hacía sentir en aquel terreno en donde se levantará el pabellón. La emoción era intensa.

Y junto a todas estas personas, vestida de riguroso luto, por la muerte de su amado compañero, se erguía serena y curiosa de todo lo que pasaba, la figura de madame André Honnorat, la esposa del iniciador y fundador de la Ciudad Universitaria; quien, dicho sea de paso, en recuerdo de su esposo, hizo un donativo, en dólares, para la construcción de nuestro pabellón. La noble dama paseaba su mirada por todas partes y, sin duda alguna, en esos instantes la sombra de monsieur Honnorat pasaba risueña y amable bajo las enramadas de los inmensos árboles...

Terminada la ceremonia de la colocación de la primera piedra, los asistentes pasamos al salón de recepciones de la Casa Internacional, y breves minutos después, el rector de la Academia de París, el señor Jean Sarrailh, gran amigo de nuestro México y conocedor de la cultura mexicana, tomó la palabra, pronunciando, en su idioma, que maneja en forma admirable, sobria y elegantemente, un discurso en el que expresó la significación que este acto revestía, acercando íntimamente las tendencias de la Sorbona de París y las de nuestra Universidad Nacional. Evocó, en seguida, la

labor que en el sentido de hacer una realidad internacional la Ciudad Universitaria llevó a cabo el señor Honnorat, cuyos esfuerzos, en todo tiempo y en todas las circunstancias, fueron los de establecer un contacto más íntimo y más cordial entre todas las culturas universales.

Conocedor, como antes he afirmado, de la cultura y de los trabajos de los profesores mexicanos y de nuestra Universidad, el señor Sarrailh tocó con atingencia, sentimiento y un entusiasmo de cordialidad el más puro, los esfuerzos que el Gobierno actual de México pone para realizar esta magna obra educativa, evocando con esto el recuerdo del ilustre don Justo Sierra, cuya ímproba labor consagrada a la educación merece toda clase de encomios y de parabienes. Y al referirse a los tiempos de ahora, indicó que la obra educativa del Gobierno del actual Presidente corre parejas con la de otros países, aludiendo con esto al entusiasmo que el Jefe del Gobierno nuestro pone para ver de lograr una colaboración internacional más eficaz y más constante. Consagró palabras de elogio para los trabajos emprendidos por el señor Torres Bodet cuando fué ministro de Educación e igualmente aludió a los que en un plan de intensificación está realizando el actual rector de la Universidad Nacional de México, licenciado Luis Garrido.

El flamante rector Sarrailh, no quiso pasar por alto el empeño que puso para realizar esta construcción del Pabellón de México, el embajador doctor Fernández Manero, por lo que la Sorbona de París le enviaba sus saludos y sus felicitaciones.

Acerca del proyecto de los hermanos Medellín, el señor rector Sarrailh dijo: "El proyecto del ingeniero y del arquitecto Medellín, admirables profesionales mexicanos, es atrevido, pero encierra un gesto animado de saber, de ciencia, de serenidad y de juventud. El ingeniero Medellín es hombre que sabe lo que hace y su obra es un grato comentario a la vida mexicana. La construcción de la Casa de México —agregó— es el remate de esta obra." Aludió a su visita a México hace tres años y terminó expresando su gratitud para todos los que de cerca o de lejos colaboran a la intensificación de este noble empeño de ensanchar los horizontes culturales y de acercar más íntimamente el pensamiento, las almas y los deseos de descubrir nuevos derroteros a la ciencia de los dos pueblos. Un sonoro y cordial aplauso encuadró el último período del discurso del rector señor Sarrailh.—(De *Excelsior*).

DESPUES DEL DEPORTE
QUE BIEN "CAE" UN

**DELAWARE
PUNCH**

Delicioso
**DELAWARE
PUNCH**

Sin
GAS